

Discurso de investidura como Doctor "Honoris Causa" del Excmo. Sr. D. Juan Gil Fernández

28 de enero de 2008

Decía el poeta Horacio (y como en los clásicos todo es tradición, bueno será que cite sus hexámetros por la traducción libre que hizo de ellos Diego Hurtado de Mendoza):

El no maravillarse hombre de nada
Me parece, Boscán, ser una cosa
Que basta a darnos vida descansada¹.

¿Es ello así? Lejos de mí la funesta manía de criticar a los antiguos, y menos a Horacio, por quien siento genial simpatía. Y, sin embargo, al repasar mi vida, pues un acto de esta envergadura obliga a lanzar una aprensiva mirada hacia atrás, no tengo más remedio que contradecir al dulce poeta otoñal. En efecto, me causa hoy maravilla y extrañeza repasar la multitud de circunstancias favorables que han influido en mi formación, dejándome tan honda como fructífera huella. Recibí una educación laica en el Colegio Estudio durante unos años en que España estaba sumida en una atónita postración intelectual, salvada sólo por la inteligencia de no pocas brillantísimas individualidades. Conocí lo que eran una colosal biblioteca y unas excelentes librerías de viejo en la Inglaterra de 1958. Cursé estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid con el más brillante plantel de helenistas que haya habido jamás en nuestro país: un ejemplo de aquellas pasmosas individualidades a que me refería antes. Tuve a los mejores maestros: a mi hermano Luis y a Antonio Ruiz de Elvira. Hice la tesis doctoral en el majestuoso Colegio de los Españoles de Bolonia, un portento de docencia ininterrumpida a través de los siglos. Después, por desgracia, se acabó el largo ensueño y tuve que abandonar muy a mi pesar los *Lehr- und Wanderjahre* y emprender, ya fiado a mis exiguas fuerzas, mi propia andadura vital. Y ahora, cuando ya me encuentro en la sexta edad, al igual que el mundo cristiano, el honor que me confiere la Universidad en la que me eduqué y en la que durante algunos años impartí clases de Filología Latina viene a dar un inesperado espaldarazo a mi *curriculum*, una carrera intelectual de la que me encuentro moderadamente insatisfecho. Hoy me siento casi como el hijo pródigo a quien se mima en especial cuando regresa al hogar, con la salvedad de que yo no he sido nunca pródigo, ni jamás me he sentido ajeno a esta casa que ha sido mi Universidad, ni –finalmente- he acabado de comprender nunca esa parábola evangélica, que me causa cierto repelucos. Huelga decir, por tanto, el profundísimo agradecimiento que siento hacia el Departamento de Filología Latina, que

¹ *Epístola a Boscán*, LII (cf. Hor. *Ep.* I 6, 1-2).

propuso por unanimidad mi candidatura, así como hacia el profesor don Tomás González Rolán, mi generoso padrino, que ha arropado mis escasos méritos con su ciencia y su amistad.

La distinción que se me otorga me sorprende, además, porque yo no he buscado nunca el éxito, ese éxito o ese triunfo por el que tanta gente se pirra. No me tienta la fama (que cedo gustoso a quien la quiera) ni me seduce la gloria que perseguían los clásicos como laurel inmarchitable de una obra imperecedera. Conozco demasiado bien mis defectos y cortapisas para hacerme ilusiones sobre la inmortalidad de mi obra filológica: *interitura crede*. Tampoco he sentido jamás la angustia de la competitividad, esa competitividad de la que ahora tanto se nos habla como si fuera la panacea universal. Siempre he sido muy consciente de que hay muchos filólogos mejores que yo, en todo o en parte, acá o acullá, sin que como resultado de esta obvia percepción, por fortuna, me haya corroído la envidia. Me he conformado –y no es poco– con procurar hacer las cosas mejor cada vez, aprendiendo de los demás: la buena rivalidad que preconizaba Hesíodo.

A los de Letras nos han arrebatado todo, hasta los títulos: Doctor es el médico, Letrado el abogado. Las Humanidades se han convertido hoy en una carrera en la que se cursan asignaturas que nada tienen que ver con el Humanismo. Hay una cosa, sin embargo, que no se nos ha podido quitar: la curiosidad, esa curiosidad que hace prender la vocación (vocación es “llamada”: algo nos atrae, nos llama) y que, burla burlando, nos lleva a no conformarnos con lo que dicen los maestros, a plantearnos problemas, a tener un espíritu crítico -la primera virtud del científico-. ¿No era ya un inconformista nuestro Horacio, que no se sentía “obligado a jurar por las palabras de ningún maestro” (*nullius addictus iurare in uerba magistri*)? No sorprende que John Evelyn escogiera esta lapidaria sentencia como lema de la Royal Society londinense, fundada en 1660, en un momento en que la ciencia se alzaba orgullosa para desterrar las viejas doctrinas de Aristóteles y buscaba nuevos derroteros basados en el empirismo, esa vital experiencia cuyas virtudes habían sido los pueblos ibéricos los primeros en reconocer y aplicar a finales del siglo XV.

Tal vez esa curiosidad por todo me haya impedido dedicarme a abstrusas disquisiciones teóricas que, por supuesto, merecen todo mi respeto. En cambio, sí he procurado huir adrede de dos tipos de Filología que me desagradan sobremanera: la que se sume en una Metafilología apta sólo para iniciados y la peor, la que se convierte en una Parafilología, un *parloir* donde sólo se escuchan cotilleos de barbería y banales pelamesas pseudoeruditas. Ahí están los textos, palpitantes de vida, llenos de enseñanzas, repletos todavía de enigmas por resolver. ¿A qué perderse en un intrincado y tenebroso bosque si ya nos encontramos en un placentero y ameno prado, “verde e bien sençido”²? La elección a mi juicio no deja lugar a dudas; luego no es ningún azar que buena parte de mi actividad filológica se haya volcado, con mejor o

² Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, Introd. 2, 3.

peor fortuna, en la crítica textual, una disciplina que nos obliga a andar siempre a vueltas con los clásicos, que nos enseña a sopesar amorosamente las palabras y calar su verdadero significado, que nos hace atender a las razones de los comentaristas pero sin dejarnos aplastar por el peso de su autoridad, que preserva, en suma, la voz y la memoria del pasado.

¿Para qué sirve la crítica textual y, de paso, el latín y el griego? Dejemos que sea nuestra propia historia quien responda a esa pregunta impertinente que bien podría salir hoy, por enésima vez, de la boca de algún cascarrabias. Una vez firmada la paz del Bidasoa el 8 de noviembre de 1659, los plenipotenciarios de España y Francia se reunieron a fin de fijar las nuevas fronteras que habían de dividir las regiones del Pirineo. Tal y como ocurrió en el siglo XIX, cuando se trazaron los límites de las nuevas repúblicas americanas, en 1660 las dos partes en litigio recurrieron a los textos históricos en defensa de sus causas respectivas. De esta suerte, si en el siglo XIX fueron traídas a colación las relaciones de los conquistadores, en el siglo XVII la discusión versó sobre lo que decían los autores clásicos y medievales sobre las lindes de la Galia Narbonense y la Hispania Tarraconense. Muy asombrados quedaron los franceses de lo bien que contrarrestaban sus alegatos los españoles, hasta que cayeron en la cuenta de que el conocimiento de los clásicos que tenían sus antagonistas se reducía a los textos latinos o traducidos al latín. Un pasaje de Estrabón³ que adujeron los representantes de Felipe IV favorecía sus pretensiones territoriales, si se leía en la versión de Guillermo Xylander⁴; pero Pedro de Marca, por la parte francesa, hizo notar, con toda justicia, que la traducción de Xylander estaba equivocada y que el sentido del texto griego era otro; y el mismo Marca acalló en otra ocasión a los delegados catalanes aduciendo textos de Ptolemeo en su lengua original⁵. La fijación de la raya, en

³ *Geogr.* 162 A.

⁴ En Pedro de Marca, *Marca Hispanica*, París, 1688, praef. XVI y c. 57. Xylander había traducido *In medio conualles continentur habitationibus opportunae. Eas majori ex parte tenent Cerretani, Hispanica gens*, mientras que, según Marca, lo que Estrabón había querido decir –y había dicho en realidad– era *Tenent illae Cerretani, majori ex parte Hispanicae gentis*; el resto, la Cerdaña, pertenecería a la Narbonense.

⁵ Cf. *Marca Hispanica*, praef. VII y sobre todo XVI, tratando de los límites del territorio de Vasconia (cf. Ptol. II 6, 66 [p. 189ss. Müller]), e *ibidem*, c. 44, fijando la frontera de la Narbonense en el cabo del *Templum Veneris* (cf. Ptol. II 10, 1 [p. 233, 10ss. Müller] y II 6, 10-11 [pp. 149-50]), según él (c. 46), el cabo de Creus. Para defender la pertenencia del Rosellón a la Galia Narbonense, Marca (*ibidem*, c. 17) adujo también otros dos pasajes de Ptolemeo: I 10, 6 (pp. 239-40) y II 10, 1 (p. 234, 1-2), introduciendo en el segundo dos enmiendas (Müller acepta la primera, sin consignar el nombre de su autor, y considera muy probable la segunda). El sabio arzobispo francés, que no dudó en admitir otras conjeturas palmarias de Casaubon a Estrabón (cf. I 7, 1 [c. 27]; 14, 8 [c. 74]; II 18, 2 [c. 180]), fue el primero, como veo ahora, en dar con el sentido correcto del famoso *opoppumpeum* de la carta de Wamba (en I 12, 8 [c. 60]), al que me referí, sin darme cuenta de la repetición, en dos ocasiones: “Notas e

consecuencia, fue un acto diplomático, sí, pero también un ejercicio de la más pura Filología, en la que una conjetura del Pinciano a Mela –rechazada claro está por Marca- pudo haber inclinado en un punto la balanza del lado español⁶, si los franceses no hubiesen andado listos. Y, por venir a tiempos más recientes, no ¿fue la historia antigua -y muy en especial los anales de Roma- la que enseñó a Carlos Marx, un clasicista bisoño, lo que era la lucha de clases con la sempiterna pugna entre patricios y plebeyos? ¿Y no estudió el mismo Marx en Epicuro los orígenes del materialismo?

Bien es verdad que los filólogos no siempre hemos gozado de buena fama. Hadriano no perdió ocasión de burlarse de los *professores* de su tiempo, en cierto modo nuestros antepasados, unos individuos tímidos y pacatos que siempre le daban la razón por miedo: como bien dijo Favorino⁷, no era cuestión de llevar la contraria al emperador, el hombre más docto del mundo pues tenía treinta legiones a sus órdenes. Sin la petulante arrogancia de Hadriano, otros muchos han cubierto de escarnio a los gramáticos, a los que un epigramatista griego, Heródico, tildó de hombres que “zumban en las esquinas”⁸. No fue ésta la única tacha que se les puso: en el siglo XVI se criticó mucho la soberbia⁹ de unos personajillos que, en el colmo de la audacia, se atrevían a someter a crítica la inspiración divina, proponiendo conjeturas, desechando interpolaciones y hasta declarando apócrifos algunos libros de la Biblia. Por fortuna, nuestro quehacer también ha disfrutado de tiempos de bonanza y hasta de gloria. Para demostrar este aserto no hace falta desempolvar los viejos laureles de la escuela alejandrina ni del Humanismo. En el siglo XIX, otra época cenital de la Filología, el gran Gottfried Hermann pudo componer en nombre de su Universidad una oda alcaica al zar Alejandro de Rusia tras su victoria sobre Napoleón (1814), así como pronunciar un discurso latino para celebrar el tercer centenario de la recepción en Leipzig de la Reforma luterana (1839)¹⁰, encargos los dos que en la actualidad serían, si no me engaño, absolutamente impensables: ¿entraría hoy en cabeza humana que un rector

interpretaciones”, *Habis*, 9 (1978) 127 y “Una crux de San Julián de Toledo”, *Habis*, 33 (2002) 236-38.

⁶ Cf. *Marca Hispanica*, c. 14, 16-17 y sobre todo 41ss. Núñez conjeturó *Templum Veneris et in sinu saluo* en la frase *Tum inter Pyrenaei promunturia portus Veneris in sinu salso* (Mela, *Geogr.* II 84), alegando que ningún autor antiguo ponía en ese lugar *Portus Veneris* (Port Vendres) y trayendo a colación el *Templum Veneris* de Ptol. II 6, 11 (p. 149, 6 Müller). Isaac Vossius (*Observationes in Pomponium Melam*, La Haya, 1668, p. 183) conjeturó -dando la razón a Núñez en cuanto a la vacuidad del adjetivo *salso-* *portus Veneris insignis fano*.

⁷ Cf. *SHA*, *Hadr.* 15, 10ss.

⁸ *Athen. Dipn.* 222 A.

⁹ De esta acusación de Spondan se acordó todavía el dominico Domingo Fernández de Navarrete (*Tratados históricos, políticos, ethicos y religiosos de la monarchia de China*, Madrid, 1676, p. 391 a).

¹⁰ *Opuscula*, Leipzig, I, 1827, p. 361ss. y VII, 1839, p. 414ss.

encomendase a un latinista de su claustro la composición de un himno para cantar las glorias de nuestras tropas o festejar el aniversario de la Constitución? Mas ello no quiere decir que la Filología actual se encuentre en el nadir, sino que, como todas las ciencias, tiene alzas y bajas en su cotización.

La Crítica textual aspira, ante todo, a la precisión dentro de la máxima brevedad. ¿Qué importa que una palabra esté en dativo o en ablativo? Para muchos esta cuestión puede constituir una abstrusa entelequia, un simple pasatiempo de hombres ociosos. Pero la confusión de un caso puede alterar de forma radical el sentido de una frase. En su polémica contra Juan de Hesdin, Petrarca, reivindicando la gloria pasada de Roma frente a una Francia emergente, señaló con toda justicia que una sentencia de Lucano *-humanum paucis uiuit genus*¹¹ - no significaba, como quería Hesdin, ‘el genero humano vive con poco’, sino algo mucho más terrible: ‘el género humano vive para unos pocos’, es decir, es esclavo de un puñado de personas: el francés había tomado por ablativo lo que no era sino un dativo, por lo que se le había escapado por completo el significado de esa frase lapidaria, cuyo contenido, por desgracia, sigue vigente hoy en día¹².

Nuestra ciencia, sin embargo, es como todas humana, y por ello falible y finita. La fijación definitiva de un texto es una meta imposible de alcanzar. En caso contrario, sobraríamos todos, para gran regocijo de algún político. Los caminos de la transmisión de una obra son muchos y con frecuencia se entrecruzan de manera inextricable, de suerte que no pocas veces resulta utópico trazar un árbol genealógico claro de los manuscritos, con la subsiguiente inseguridad en la constitución del texto: piénsese, por ejemplo, en las engañosas trampas que nos tienden las *Heroidas* de Ovidio o las *Sátiras* de Juvenal. Por otra parte, si bien la *recensio* es absolutamente necesaria, hay que evitar sus excesos: el rigor aparente y la precisión injustificada. Al presentar el *stemma* de la *Crónica Mozárabe del 754* me contenté con señalar lacónicamente que los códices se repartían en dos familias: lo imprescindible para desechar la filiación unitaria propugnada por Mommsen. Hubiera podido quizás descender a más detalles y rendir el tributo debido a la moda, sugiriendo la existencia de algún hiparquetipo. Pero, ante una transmisión en estado tan ruinoso como la de aquella *Crónica*, ¿quién era el guapo que asegurase cuántos hiparquetipos había habido de verdad? Entonces, ¿a qué aventurar certezas en un campo donde lo que reina es precisamente la incertidumbre?

¹¹ *Phars.* V 343. “Ita in paucorum (hoc est, principum) utilitatem caeteri omnes nascuntur et vivunt”, comenta Th. Farnaby. Citó esta frase Juan de Salisbury en su *Policraticus* (I 13, p. 63, 51 Keats-Rohan), al parecer dándole su sentido correcto: *Sed ignoscas uiro doctissimo rusticanam simplicitatem exprimenti aut quia pauperum uita diuitibus res uideatur exigua, qui humanum genus ut paucis seruiat asserunt institutum.*

¹² Francesco Petrarca, *In difesa dell'Italia (Contra eum qui maledixit Italie)*, 32 (ed. G. Crevatin, Venecia, 1995, p. 152ss.).

También el concepto de arquetipo, tan útil en la práctica, es una nebulosa entelequia teórica susceptible de diversas interpretaciones. Una inscripción, que bien podría ser considerada un arquetipo, deja inmediatamente de serlo si se admite que el lapicida se limitó a copiar una minuta; y es probable que a esta minuta la precediera otro borrador, en particular si la inscripción de marras tiene pujos literarios; todo ello, sin contar con el proceso mental previo a la escritura, un proceso que, de suyo, puede ser ya causa de errores. En suma, cada texto es un mundo en sí, y ese mundo particular no admite enfoques simplistas ni deja que el editor llegue siempre a conclusiones de igual calibre: a menudo hay que saber ignorar. La interpretación correcta incluso puede depender de algo tan nimio como la restitución del verdadero orden de palabras: así, creo haber logrado desvanecer algunos galimatías epigráficos limitándome a restablecer la secuencia original del texto (la famosa campanita de Tarragona, la lauda de Rabla), cortando como es debido las palabras (la dedicatoria a Estilicón) o interpretando de manera correcta una oscura serie numeral (la llamada *era...as*). La crítica textual, en definitiva, ayuda normalmente a elucidar problemas muy concretos, tan particulares como inopinados, a los que son inaplicables las altisonantes e inanes teorías generales con que se martirizan desde hace años algunos estudiosos, sobre todo en el mundillo anglosajón. La Filología clásica, la primera por veteranía plurisecular en haber dispuesto de instrumentos de alta precisión, tan exactos y fabulosos que las disciplinas análogas sólo han alcanzado a tenerlos en la era digital, si es que los tienen, ha aprendido a ser más cauta y modesta tanto en sus planteamientos como en sus conclusiones.

El hecho es que en este camino sin fin, en esta cadena interminable, hasta los errores de los sucesivos críticos nos enseñan e instruyen. En la *Odisea* (6) se lee que Penélope, disponiéndose a sacar el arco y la aljaba de Ulises para el torneo de los pretendientes, asió “con su gruesa mano” la llave de la cámara del tesoro. En los demás pasajes de la epopeya la locución “gruesa mano” se aplica a los héroes: normalmente a Ulises, cuando troncha unas ramas o empuña con firmeza una lanza, pero también a Eurímaco, que lanza airado al héroe la pata de un buey, tomándolo por un pordiosero. Pero, ¿no es la casta y recatada Penélope el colmo de la feminidad? En este convencimiento, un lector antiguo sustituyó “con su gruesa mano” por “con sus manos”, quizá pensando que se trataba de una llave pesadísima a la que fuera preciso sostener con ambas manos, como la que abría la tienda de Aquiles, llave descomunal que tenían que manejar tres hombres normales (455). No hay tal: “con su gruesa mano” se dice de Atenea en la *Ilíada* (403, 424) y de Hera en el *Himno a Apolo* (346). El griego, que no concibe la belleza en una persona pequeña, asocia siempre la hermosura al tamaño¹³; y si Penélope es alta, por

¹³ De ser bajita se quejó la Safo ovidiana (*Her.* XV 33ss.): *sum brevis* o, por decirlo en la traducción de Diego Mexía (*Primera parte del Parnaso Antartico*, Sevilla, 1608, f. 230r),

No me desprecies, que si soi chiquita,
En esta pequeñez en que me veo,
Mi nombre buela, crece y se acredita.

fuerza ha de tener asimismo manos grandes, como las diosas; porque los héroes –y, por consiguiente, las heroínas- son iguales a los dioses. En definitiva, hay un Homero para cada época, y los gustos cambian sin cesar, incluso dentro del mismo siglo: por poner un ejemplo significativo, el manido epíteto (7), dejado sin traducir por Madame Dacier¹⁴, se convirtió cuarenta años más tarde en un ominoso “Généralissime des Grecs” en la pluma de Rochefort¹⁵. La ciencia también es esclava de la moda.

Dentro de la crítica de textos me ha atraído desde muy joven lo que algunos, engrandeciendo el oficio, llaman con cierta pompa y misterio arte conjetural, esto es, la forma de enderezar y dar sentido a un texto estragado mediante una corrección propia basada no en una inspiración repentina, sino en el simple uso de la razón, una vez sometidas a un examen detenido las distintas posibilidades de enmienda que se ofrecen: un amplio abanico que abarca desde lo que nos indica el propio contexto o el estilo del autor hasta lo que aconsejan la Sintaxis, la Fonética o la Paleografía. Con malévola sorna Petrarca, haciendo un fácil juego de palabras, llamó *corruptores* a los *correctores*¹⁶. Si ello es verdad, confieso con cierto bochorno que, de los filólogos españoles actuales, debo de ser quizás el corruptor más empedernido, perverso y depravado. Y como cada cual gusta de mostrar la excelencia de su mester –el tenor dando un do de pecho, el Hércules de feria tensando sus músculos, el prestidigitador sacando un conejo de la chistera-, se me permitirá que yo también, con más modestia y humildad, luzca mis pobres habilidades como quijotesco desfacedor de entuertos textuales, proponiendo *coram uobis* una conjetura, tan nimia y obvia que casi me avergüenzo de presentarla en público ante un auditorio tan selecto.

Juan Ginés de Sepúlveda¹⁷ habla de la sorpresa que causó a Cristóbal Colón el hecho de que una de las características corporales de los indios - barbilampiños, de color loro y bajitos- fuese su pelo *lenis*. Así se lee en las dos

El mismo gusto que los griegos tuvo Byron: “I hate a dumpy woman”, proclamó despectivo en su *Don Juan* (I 61).

¹⁴ *L'Iliade d'Homère, traduite en françois, avec des remarques par madame Dacier*, París, 1741, I, p. 1: “depuis qu'une querelle d'éclat eut divisé le fils d'Atrée et le divin Achille”.

¹⁵ *Nouvelle traduction de l'Iliade*, París, 1782, I, p. 5: “depuis la querelle élevée entre Agamemnon, Généralissime des Grecs, et le divin Achille”.

¹⁶ *Secretum*, I (utilizo la edición de E. Fenzi, Mursia, 1992, p. 132). El juego de palabras es muy antiguo: Plin. *Pan.* 6, 2 *corrupta est disciplina castrorum, ut tu corrector emendatorque contingeres*; Godescal. Saxo, *Opusc. theol.* 9, p. 206, 19 *ne forte nimis graüter offendatur ille corrector, immo corruptor*. La misma expresión utilizó Marca para desechar la conjetura del Pinciano a la que antes hemos aludido: “in ejusdem textus correctione seu potius corruptione” (*Marca hispanica*, I 9, 7 [c. 43]).

¹⁷ *De orbe nouo*, I 11, 4 *Barbarorum quoque inusitata facies admirationi fuit: imberbium in aetate uirili, colore fusco, statura iusto breuiore, nigra lenique omnium coma*.

ediciones al uso, la académica y la teubneriana. Ahora bien, *lenis* significa ‘dulce’, ‘moderado’, y no se acierta a ver qué pueda ser un pelo dulce, afable o moderado. ¿Acaso no se expresó bien Sepúlveda, un humanista de latín tan preciso como correcto? Ni mucho menos. Un banal intercambio de letras salva la dificultad. Troquemos *-u-* y *-n-* y se obtendrá la lectura correcta: *leuis*, ‘liso’. Es que el primer almirante de las Indias, acostumbrado en sus navegaciones a tratar con negros guineanos de pelo rizado, se asombró y mucho de que los habitantes de las tierras que había descubierto tuviesen “los cabellos no crespos, salvo corredíos”¹⁸, siendo ‘corredío’ un lusismo que significa ‘liso’: la palabra que tradujo Sepúlveda con el adjetivo latino correspondiente. Justo sobre este detalle de la constitución física de los taínos basó Colón una curiosa teoría antropológica: “Los cabellos no crespos de los indios, mas antes corredíos, me davan a creer que fuese esta tierra temperatísima”¹⁹, frente al ardor sofocante de la tierra equinoccial, que ennegrecía la piel y ensortijaba el cabello de sus habitantes.

La confusión de *-n-* y *-u-* a la que antes aludía, muy común tanto en los manuscritos como en los impresos, hace que se intercambien palabras de tan dispar y hasta opuesto significado como *angustus* y *augustus*²⁰ y que se truequen las abreviaturas *nsr* (*noster*) y *usr* (*uester*)²¹. No por otra razón textos de autores

¹⁸ *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, ed. C. Varela, Madrid, 1992, doc. II (p. 111: 13 de octubre).

¹⁹ *Textos*, ed. cit., doc. XI (p. 282).

²⁰ He aquí un ejemplo de un volumen impreso: *rex... neque sub fastigio eminentioris arcus neque per angustioris (por augustioris) portae sibi destinatae amplitudinem... incessit (Historica narratio, de initio et progressu missionis Societatis Jesu apud Chinenses, ac praesertim in Regia Pequiniensi ex Litteris R. P. Joannis Adami Schall, ex eadem Societate, Supremi ac Regij Mathematicum Tribunalis ibidem Praesidis, Viena, 1665, p. 161)*; el comparativo se usa también en otras partes de la obra: *quendam augustioris vultus* (p. 34), *illud ad commendationem augustius* (p. 171), *medium utroque augustius* (p. 177), *augustiore... praesentia* (p. 184), *augustiore apparatu* (p. 244). Otro caso muy notable: el embajador en Inglaterra comunicó a los Reyes Católicos que J. Caboto “fue a buscar la isla de Brasil y las vycindades”, según afirma A. Ballesteros (*Cristóbal Colón*, Barcelona-Buenos Aires, 1945, I, p. 155); lo que dice de verdad el documento es “las vij ciudades”, el viejo mito de los navegantes portugueses (como se puede comprobar en el facsímil publicado en lujoso volumen *Città di Genova*, Génova, 1932, p. 83).

²¹ En una carta de San Francisco Javier se lee: “todas las cosas necesarias para *un* oficio de manifestar la fe vemos que nos faltan” (*Cartas y Escritos de San Francisco Javier, anotadas por el padre Félix Zubillaga*, Madrid³, BAC, 1979, p. 80). Creo evidente que hay que corregir “nuestro oficio” (otra vez se ha confundido *un* y *nro* [*nuestro*]) y “<no> nos” (la negación ha sido omitida por haplogía). En la misma carta la rara expresión “la cuesta de Guinea” me parece una versión ultracorrecta de “a costa de Guiné”: de la misma manera en el epistolario híbrido hispano-luso de los jesuitas se encuentra también “los puebres” por “los pobres” (*Documentos del Japón. 1558-1562*, editados y anotados por Juan Ruiz de Medina, S. J., Roma, 1995, doc. 45, 54; 55 [p.

medievales aparecen afeados por errores palmarios, imprimiéndose “monísimo” y “monicos” donde mejor se hubiera puesto “nouísimo” y “eunucos”²²; de la misma manera nos enteramos con cierto sobresalto de que Colón llevó a la Española al padre Buil “para entender en la conversión de los judíos”, de que Bartolomé de las Casas fue “defensor acérrimo de los miserables judíos”²³; y, por último, de que había “judíos de junto a Manila”²⁴ -¡qué gran sorpresa la de encontrar una aljama hebrea a la vera de los españoles, siquiera fuesen ultramarinos!-, casos todos ellos en los que el autor, evidentemente, escribió “indios” y no “judíos”²⁵.

El especialista en crítica textual puede prestar un servicio más a la comunidad letrada fuera de su campo habitual de trabajo. En efecto, los grandes escritores castellanos del Siglo de Oro están erizados de dificultades para quien no esté suficientemente instruido en latín y griego. No será ocioso dar otro ejemplo de lo que el filólogo clásico puede aportar en este terreno. Archiconocida es la adaptación en verso que hizo fray Luis del no menos famoso *Epodo* II de Horacio (*Beatus ille*). Sin embargo, el v. 67 ha corrido de molde muchas veces y, por lo general, de forma equivocada, de suerte que varían sobremanera las diversas ediciones a la hora de presentar el texto:

Ansi dispuesto un cambio, y al arado (Quevedo [Madrid, 1631, f. 111r]).

Ansí, dispuesto un cambio, y el arado (F. García [Madrid³, 1959, p. 1615).

421, 422]). En el *Viaje de la China* de Adriano de las Cortes (S. J.) encuentro un error similar a la primera equivocación tratada en esta nota, causado de nuevo por inadvertencia de la abreviatura: “echó la resaca hacia nosotros de *uso* [*i.e.*, *nso*, *o sea* nuestro] matalotage una botijilla muy pequeña de vino” (edición de B. Moncó, Madrid, 1991, p. 102).

²² El primero es un verso de Juan Agraz (“presto nos leuantaremos /aquel *monisimo* día”) según se lee en la edición de A. Foulché-Delbosc (*Cancionero castellano del siglo XV*, n° 448, 50 [Madrid, 1915, II, p. 208]; bien editado en cambio por Bryan Dutton, *El cancionero del siglo XV*, Salamanca, 1990, I, p. 473) y el segundo (“delante d’ella e de las dueñas que con ellas ivan venían muchos monicos, que son omnes castrados que guardan las mugeres”) procede de la *Embajada a Tamorlán* editada por F. López Estrada (Madrid, 1943, p. 186, 34), corregido por M. Á. Pérez Priego, *Viajes medievales*, Madrid (Biblioteca Castro), 2006, II, p. 161.

²³ Los dos incomprensibles errores se encuentran en D. Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Madrid, 1796, III, p. 168.

²⁴ Adriano de las Cortes, *Viaje de la China*, ed. cit., p. 98.

²⁵ Una falta semejante cometió A. de Ulloa al poner en italiano las *Historie* de Hernando Colón: donde el original decía “judíos” (y así había escrito C. Colón [cf. C. Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, doc. LIII, p. 445]), Ulloa leyó “jndios” y, en consecuencia, tradujo “indiani” (cap. IV [I, p. 26 ed. R. Caddeo]).

Ansí, dispuesto un cambio, ya al arado (A. C. Vega [Madrid, 1970, p. 246]).

Ansí, dispuesto un cambio, y al arado (J. M. Blecua [Madrid, 1990, p. 435]).

Ansí, dispuesto un cambio y al arado (C. Cuevas [Madrid, 1998, p. 318]).

La culpa de esta discrepancia es no haber atendido suficientemente a lo que dice el original:

*Haec ubi locutus faenerator Alfius
Iam iam futurus rusticus,
Omnem redegit Idibus pecuniam,
Quaerit Kalendis ponere.*

“Cuando esto dijo el usurero Alfio, ya dispuesto a ser un labriego, recogió en las Idus todo su dinero y busca en las Calendas invertirlo”. Horacio hace hincapié en lo que está a punto de suceder, mas no sucede, reiterando el adverbio: *iam iam*. Salta a la vista que ese *iam* decisivo no se le pudo haber escapado en la traducción a fray Luis; así lo advirtió certeramente Vega, pero colocando mal la coma y haciendo “al arado” complemento directo de “loava”, como piensan al parecer los demás comentaristas, en sintaxis imposible. En conclusión: a mi juicio, hay que editar los versos de la siguiente forma:

Ansí dispuesto un cambio ya al arado
Loava la pobreza.

“Un cambio” vierte a *faenerator*, “ansí... loava la pobreza” a *haec locutus* y “dispuesto ya al arado” (i.e., dispuesto a arar) a *iam iam futurus rusticus*²⁶. Lo más notable del caso es que ésa había sido la vulgata de fray Luis, al menos desde medidados del siglo XVIII²⁷ hasta la edición del padre J. Llobera²⁸. Después vinieron tiempos más críticos y eruditos y los editores se quemaron las cejas revolviendo polvorientas bibliotecas y colacionando recónditos manuscritos. Pero, según prueba este caso, la ciencia, al menos en Humanidades, no avanza siempre en derechura y hasta el crítico más pintado se equivoca. Más ahí estriba también la grandeza de la Filología, tan respetuosa con sus mayores porque, generalmente, su obra no tiene fecha de caducidad.

²⁶ La misma falta, si es que falta puede llamarse esta contracción vocálica, se encuentra en Tirso, *El burlador de Sevilla*, I 667: donde las ediciones antiguas traen “un hidalgo y anegado”, las modernas corrigen “ya anegado”.

²⁷ *Obras propias i traducciones del Latín, Griego y Toscano, con la parafrasi de algunos Salmos i Capítulos de Job. Su autor... frai Luis de Leon*, Valencia, 1761, p. 169.

²⁸ *Obras poéticas del maestro fray Luis de León*, Cuenca, 1932, II, pp. 417-18.

Hora es ya de terminar. Mas no quiero poner fin a mis deshilvanadas palabras sin antes referir un lance inopinado que ha venido a reafirmarme en mi vocación. Iba un día por la calle Sierpes, contra mi costumbre, cuando salió a mi encuentro un ilustre colega, Egidiomástix. Tras lanzar una mirada torva a los papeles que llevaba bajo el brazo, “¿Qué estás escribiendo? ¿Alguna nadería de las tuyas?”, me preguntó entre sarcástico y desdeñoso. “Así es”, balbuceé contrito. Quiso entonces fulminarme con un sermón sobre la evidente futilidad de mis afanes y la no menos palmaria utilidad de los suyos. Fortísimo era el aprieto y la situación desesperada: mi contrincante, creciéndose cada vez más, no me daba respiro, mareándome con los nuevos hallazgos de su hermética jerigonza; y ya me faltaba el aliento y se me nublaba la vista, cuando de repente me salvó Apolo, arrebatándome en una espesa niebla y llevándome fuera de la desigual liza para siempre. Sin duda, hallaron gracia ante el Pitio intonso “il lungo studio e il grande amore”²⁹ que, desde pequeño, profesé a las Letras de la Antigüedad. Y así, libre ya, pero no ajeno a las borrascas universitarias, sigo y seguiré con mis estudios y lecturas, buscando permanente reposo y alivio en los clásicos y en los hijos y los nietos de los clásicos, espero que por los años cabales, pero ahora bajo la protección del dios del arco plateado.

²⁹ Dante, *Inferno*, I 83.